

ASPECTOS DEL MALESTAR EN LA CULTURA

La posición del terapeuta analítico

Françoise Soetens Leleux

Es indudable que las sociedades van cambiando a lo largo de los años y de los siglos y que las patologías psiquiátricas y psicológicas son en parte un reflejo de una sociedad determinada. En el siglo diecinueve, la sociedad occidental era más represiva, especialmente en cuanto a temas sexuales, lo cual dió lugar a patologías relacionadas con esta represión, como las grandes histerias, descritas por Freud, tal y como se manifestaban en esta época. Hoy en día la sociedad ha cambiado mucho y los síntomas también han ido cambiando. Una tendencia que se da parece ser precisamente lo opuesto de la represión con el lema de: goza, disfruta sin límites, mediante unas actuaciones en las cuales se da rienda suelta a todo tipo de pulsiones.

Es el culto al principio de placer y de la satisfacción inmediata en la cual la espera no tiene cabida. Desenfrenos han existido siempre, pero quizás una cosa que a mí me parece que diferencia los desenfrenos de antes de los contemporáneos es su calidad de haberse convertido en un artículo de consumo y de comercialización. El desenfreno se vende a través de los diferentes medios de comunicación: prensa, televisión, Internet, espectáculos varios etc., que bombardean al consumidor con una gran gama de productos y parece que hay cada vez más competición para ver quien vende los productos más “atractivos” y los platos más fuertes. Un ejemplo reciente sería la convocatoria del botellón en varias ciudades españolas para ver qué localidad superaba a otra.

En la época en que saltó el escándalo Clinton apareció un artículo en el Washington Post titulado “El Triunfo del Sensacionalismo” escrito por Dan Balz que dice: “En el competitivo clima de la crisis actual, las barreras de la moderación han caído y casi no existen los frenos...Han caído las barreras contra el mal gusto...es más una señal de los tiempos que de Clinton...No veo como esto puede hacer algo por el bien público.” (El subrayado es mío) Es como si se hubiese caído en una frivolidad, banalización y basurización de los acontecimientos.

Pensando en las series complementarias descritas por Freud, podríamos pensar qué efectos puede tener una sociedad muy poco contenedora para sus miembros, incluso para aquellos que han gozado de unas condiciones de partida suficientemente buenas. De hecho ya es de uso común entre los terapeutas el término “nuevas patologías”. Si se supone que un sujeto se humaniza por los efectos de la cultura, ¿qué ocurre cuando esta cultura carece de elementos humanizadores, cuando es una cultura que narcisiza y otorga poco valor a lo relacional, una cultura que cosifica a las personas y en la cual éstas sólo tienen un valor comercial? Una cultura en la que existe el sexo cibernético en el cual el otro se reduce a una ilusión, un reflejo de uno mismo, con el cual uno no se tiene que comprometer o relacionar, sino que la única relación consiste en una especie de onanismo a dúo. Una cultura en la cual, incluso el crimen y el delito se frivolidan, se recrean

y se exhiben un espectáculo más. Sin tener que llegar a los extremos del delito, en la clínica encontramos personas que relatan sus historias, a veces espeluznantes, repleta de hechos que pondrían los pelos de punta a cualquiera, y ante la manifestación de preocupación del terapeuta se extrañan y contestan “es igual, ya ha pasado, no vale la pena pararse a pensar en estas cosas.” La cuestión es seguir adelante, pero sin darse cuenta, estos sujetos caen en la repetición y en un círculo vicioso del cual es muy difícil salir. Disocian, reniegan, se anestesian, con sustancias o sin, para no tener que pensar.

La ilusión sería llenar todos los huecos, todas las fallas y carencias. Y en estas circunstancias es muy difícil establecer relaciones con los demás, con lo cual la soledad es espantosa e intolerable. Pero frecuentemente no son conscientes de ello sino que caen en una especie de caracteropatía en que estas formas de actuar se asimilan y se consideran “normales”. En el mejor de los casos algún incidente, a veces aparentemente banal, les desestabiliza y entonces buscan ayuda. En otros casos, nunca se hacen conscientes y siguen así toda la vida, o sus cuerpos empiezan a hablarles pero ellos no escuchan y no dan valor a sus síntomas corporales.

¿Qué relación tiene todo esto con la labor que nosotros los psicoanalistas y los psicólogos clínicos podemos hacer en nuestro trabajo cotidiano? ¿Cómo se pueden paliar los efectos de una sociedad basada en un consumo y sensacionalismo salvaje? Algunos políticos abogan por incrementar las prohibiciones: más ordenanzas cívicas, controlar y perseguir los botellones, los revoltosos. ¿Es realmente ésta la solución? Aparece también la pregunta de cómo puede la sociedad paliar y contener lo que ella misma ha engendrado. Más bien se trataría de fomentar una mayor humanización de la sociedad y ayudar a sus miembros a ver que existen otras realidades también.

Si bien una parte de la sociedad puede generar desamparo e infelicidad, otra parte sí que puede ofrecer otros caminos y alternativas para subsanarlos. Y quizás uno de estos caminos tendría que ver con el poder de las palabras que nos brindan la oportunidad de reflexionar y pensar en las cosas que nos preocupan, en nosotros mismos y nuestras relaciones con los otros. Sin embargo, hoy en día parece que a veces no se da el valor merecido a las palabras. Al aumentar los medios visuales y auditivos que ofrecen imágenes y sonidos impactantes, repetitivos, monocordes, parece que hay un progresivo deterioro del uso creativo de las palabras, éstas se automatizan, se repiten frases estereotipadas, nos hipnotizan, hay una carencia de adjetivos para describir los hechos y los sentimientos y sobre todo una carencia de emotividad, verdadera emotividad, a diferencia de los histrionismos que se prodigan en los reality shows que venden tanto.

Muchos de nuestros pacientes se lamentan precisamente de que quieren transmitir algo pero no encuentran las palabras para expresarlo. Y de esta manera se ven desprovistos de un valioso instrumento para poder pensar y comunicarse. El poder poner las cosas en palabras es una manera de evitar actuaciones que a veces tienen consecuencias nefastas. Una niña de 11 años me dijo: “Cuando no puedo hablar, exploto y lloro, doy patadas y portazos”.

Es en esta esfera de las palabras que los terapeutas nos movemos; de hecho es casi el único instrumento que tenemos. Los psiquiatras todavía pueden echar mano a los medicamentos, pero nosotros sólo (¡no es poco!) podemos ofrecer nuestra escucha y fomentar que a través de ella podamos brindar la oportunidad a las personas de volver a dar un significado emocional a las palabras en vez de utilizarlas defensivamente y para huir de la verdadera comunicación. Porque hay diferentes maneras de hablar. Uno puede simplemente juntar palabras y crear la ilusión de que esto es hablar cuando no está diciendo nada en realidad. Esta forma de hablar no promueve el poder de la reflexión y el verdadero pensamiento.

Lo que pasa es que también es doloroso hablar en serio y reflexionar sobre lo que nos preocupa porque esto implica ponerse a sí mismo en cuestionamiento y admitir las propias fallas. Cuando las personas acuden a un psicólogo suelen pensar que éste o ésta es una persona que da consejos y va a encargarse de solucionar el problema sin tener que implicarse ellas en el proceso y muestran sorpresa cuando esta expectativa no se cumple. “Ud. no me dice nada; ¿para qué sirve todo esto?” Estas son las palabras que muchos pacientes dicen al final de las sesiones. Sin embargo, vuelven, por lo tanto algo estaremos haciendo. Sería fácil, tanto para el terapeuta como para el paciente, instalarse en una dinámica de los consejos, de la palmada en el hombro porque recurrir a lo simple evita, por lo menos momentáneamente, la angustia.

Lo que es difícil es soportar la angustia del paciente frente a sus vacíos, y no caer en la tentación de ofrecer palabras vacías en vez de esperar, escuchar, dudar sobre lo que le está pasando e ir construyendo juntos. A la larga es más provechoso para el paciente enfrentarle con su angustia, retornarle su responsabilidad por sus actos y hacerle reflexionar sobre ello; de lo contrario se dedicará a repetir *ad infinitum*. Esta posición puede asumirse por nosotros en cualquier aspecto o campo de nuestra labor profesional, sea en la privada o en la pública: en la consulta individual, en el trabajo con familias, grupos, escuelas, en nuestros asesoramientos con los otros profesionales, y hasta con entidades.

Pero es un proceso más arduo y más lento, y parece que en esta sociedad de usar y tirar no hay paciencia, no se quiere tener tiempo para dedicar a esta labor y se predica en los medios de comunicación que el psicoanálisis está obsoleto. ¡A ver si vamos a tener que salir nosotros también a las calles a manifestarnos con pancartas que dicen: “El espíritu del psicoanálisis sigue vivo!”

Breve currículum de la autora:

Psicóloga Especialista en Psicología Clínica.

Miembro de iPsi, Formació Psicoanalítica.

Miembro de la FEAP.

Psicóloga colaboradora en el Centro de Higiene Mental de Cornellà.

Psicóloga en Servicios Sociales del Ajuntament de Barcelona.